

VII

Eran las ocho, y en el salon de baile construido por Pourtois, en el prado contiguo á su taberna, se apiñaba una multitud de bailarines. En una explanada de cincuenta metros de largo por cuarenta de ancho, el césped estaba cubierto por un tablado, debido à la munificencia de Tondeur. Una inmensa lona, sostenida por varios postes de madera, formaba el techo y partes de este recinto, y en cada madero un escudo de carton, ostentando las cifras R. F. (República Francesa) doradas, en medio de un trofeo de banderas, sostenía otros tantos quinqués de hoja de lata, que difundian rojizos resplandores y olor à petróleo.

En derredor, bancos cubiertos de percalina roja servian para el descanso de las personas mayores. En un rincon, sobre una pequeña tribuna, varios músicos esperaban la señal de Tondeur para comenzar el primer bai e. Al extremo opuesto, otro tenderete semejante al de la orquesta estaba reservado para las autoridades, y en él, debajo de una especie de altar ó arco de triunfo, que sostenia un busto de yeso ostentando el gorro frigio, tres butacas de terciopelo verde y varias sillas de anea esperaban ser ocupadas por el alcalde, á la cabeza del municipio. A la izquierda de esta gran tienda de campaña, varias puertas comunicaban con el jardin de la taberna, alumbrado por farolillos á la veneciana pendientes de los sarmientos de las parras.

La casa, como el salon de baile y el bosquecillo, todo estaba lleno de mesas, alrededor de las cuales hacian gran consumo los asistentes, que desde por la mañana ocuparon aquellos lugares, sin abandonarlos más que con intervalos cortos, y esto para volver con más entusiasmo todavia.

El alcohol se revelaba ya por sus efectos; à cada instante surgía una disputa; y en medio de los gritos é improperios de los borrachos, aparecia la tabernera, con su traje de fiesta, y con tres palabras solas ponia en paz à los contendientes:

—Si quieren Vds. armar escándalo; váyanse á la calle... Hacen falta mesas... Ó están Vds. como conviene, ó pueden marcharse... Aquí no se consienten más que personas bien educadas.

Y los más rabiosos se callaban, no tanto por la influencia de estas frases, cuanto por el influjo de la presencia de Anastasio, el plomero Nenoill.

Este que era primo de la dueña de la casa, y con motivo de la fiesta acudia en ayuda de sus parientes, era capaz de levantar á un hombre de su asiento, ni más ni menos que si fuera una pluma.

Pourtois, embutido en su levita negra, tenia su cuartel general en el salon del baile, y sudando de calor y de emocion, iba de la puerta de entrada á los grupos ya instalados en sus asientos, colocaba á las mujeres sonriendo y alardeando de galanteria, y se

> UNIVERSIDAD DE MUEVO LEO. BIBLIOTECA UNIVERSIDAD "ALFONSO INLICO".

Ando, 1625 MONTERREY, MEXICO

llevaba á los padres y á los maridos à la taberna. Su voz de tiple dominaba el tumulte; estaba sobrexcitadísimo, y á cada paso enjugaba su frente sudorosa con la servilleta que por costumbre traia siempre en la mano.

Junto á la tribuna oficial estaban instalados los notables de los arrabales. Los ricos propietarios del llano, y los más acaudalados molineros del valle. A la llegada de cada uno se repetian las mismas muestras de satisfaccion, ruidosas risas, apretones de mano capaces de descoyuntar los dedos, y entre las mujeres besos y dengues estudiados, que pretendian ser distinguidos.

Las muchachas se abrazaban satisfechas, si se consideraban superiores á sus compañeras, ó pálidas de envidia, si reconocian que su traje era inferior al de sus rivales. Reunidas en un ángulo, criticaban á más y mejor.

-¡Qué alegre estoy de haberte encontrado! -decia una.-Mira, mira á la señorita Delarne. ¡Cuidado que está cursi esta noche! Pues, ¿y su madre, que parece que se ha hecho el vestido de una cortina vieja?

-Calla, mujer, calla. Dicen que el hijo de Levasseur, que era su novio, no ha querido casarse con ella ¡Claro! Como que están tan mal, que han vendido la mitad del ganado.

—Ahí viene Verónica Anclain .. Mira qué patas!.., Cuando se tienen semejantes piés, no se pone una zapatos blancos.

-¡Qué bonitos pendientes lleva Vd.! ¿Son antiguos?

-Sí; me los compró mi padre en Rouen, en casa de un anticuario.

-¿Sabe Vd. que Pourpier, el notario de Sain-Fram-

bert, va á tronar?... ¡Qué lástima! Fea y sin dinero, tardará en encontrar marido Clementina.

-; Pues, anda, no se daba ella poco tono porque tenia relaciones con un escribano! La encontraban en la calle, y apenas se dignaba saludar.

—Y los señores condes de Edennemare, ¿vendrán al baile?

-¡Oh, no! No salen este año á causa de la enfermedad de su abuela; pero su hijo Pascual me dijo ayer que no faltaria, si venia yo. ¡Qué bien baila!

-Lo que mejor le ha hecho bailar hasta ahora, ha sido el dinero de su papá.

—Los Leglorieux acaban de llegar. Mire Vd., se sientan allá abajo, á la izquierda. Felicia va á coger una torticolis á fuerza de menear la cabeza como un caballo.

-Dicen que le hace la corte al hijo de Carvajan...

—Si, lo creo; pero no conseguirá nada. El alcalde es millonario, y querrá para su heredero una mujer rica. Allí viene precisamente con él.

Pourtois se dirigió hacia los recien llegados, atropellando á todo el mundo y haciendo grotescas reverencias. Quiso llevarlos á la tribuna de las autoridades; pero el alcalde, más sombrio que de costumbre, le rechazó con impaciencia; y tomando el brazo de Pascual, se mezcló con la muchedambre, diciendo:

-Luego, amigo Pourtois, luego. No se preocupe Vd. por mí. Antes quiero dar una vuelta con mi hijo para ver la gente.

Y con esto dejó descorazonado al cafetero. Se proponia hacer ver á su hijo la consideración que merecia á todas aquellas gentes, poniéndole de relieve ésta, en vista de las genuficaciones con que le saludaban las personas más importantes del contorno. En una palabra: tenia empeño en deslumbrarle con el esplendor de su omnipotencia.

Es menester, hijo mio, que trabes de nuevo conocimiento con todos los que hace diez años, perdiste de vista. No conviene arrinconarse. Exhíbete con rostro alegre á todos aquellos antiguos amigos que se acueradan de tu madre y te hablarán de ella.

Al oir esto Pascual sintió que el corazon se le oprimia, y el recuerdo de aquella santa mujer, que vivió postergada en el fondo de su hogar sombrío, en donde languideció de tristeza, hasta morir como una flor sin aire y sin sol, llenó su alma. ¿Por ventura la pobre mártir tuvo un amigo? Aquello era un sarcasmo amarguísimo; mejor aún, el colmo de la audacia.

¿Habria olvidado Carvajan su triste ayer? Pues ¿por qué si no lo habia olvidado se atrevia á evocar en el espíritu de su hijo los pensamientos peligrosos que envolvían el recuerdo de la pobre víctima? Todas aquellas personas que se agitaban en derredor suyo como una apoteosis de la vanidad ridícula, grotesca, pretendiendo pasar por gente instruída, ¿podian llegar á tener algo de comun con él?

Mientras paseaban, su padre le fué presentando á todos.

Le enumeraba las cualidades y los méritos de cada uno; calculaba las riquezas de todos, y justipreciaba la influencia política que tenian ó llegarian á tener. Todos estrechaban las manos del alcalde. En los ojos de los más se revelaba el miedo, en los de muchos el odio, oculto bajo las apariencias de una franqueza falsa. En suma: se descubria á primera vista quién era el tirano y quiénes los súbditos que le acataban humildes y temerosos.

Con los más altos era con quienes Carvajan se manifestaba más duro y más frio.

Encontraba gran placer en poner de relieve ante su h jo su preponderancia, aun tratandose de los jefes de las familias más pudientes del contorno, y, á su pesar, Pascual se admiraba al ver cómo aquel hombre, nacido en la nada, se imponía á los que le despreciaron cuando era el dependiente mayor de Gatelier. Todos le adulaban.

—Querido señor Carvajan, tengo muchisimo gusto en conocer á su señor hijo. Si Vd. es tan amable que cualquier dia de estos honre nuestra mesa con su presencia, nos causará verdadera alegría. Ya sabe usted que en nuestra casa está como en la suya.

Estas ó análogas frases escucharon por doquier, y el banquero contestaba con sobriedad muy grande, con aire despreciativo, á los que se le acercaban llenos de complacencia. Comprendia que quien tiene el poder que presta el dinero, está, en efecto, en su casa, en todas partes.

Nadie merecia la preferencia; continuaba su paseo trinnfal sin detenerse, como un soberano que pasa revista á los dignatarios de su córte y se ofrece á su adoracion. Sin embargo, al llegar donde estaban Dumontier y la familia Leglorieux, hizo una pausa y se mostró amable. Su cohorte le rodeaba en aquel rincon de la sala, y se apretaban unos contra otros, mientras que en otras partes circulaba la gente con desahogo. Carvajan miró á sus cortesanos, y con altanero tono exclamó, dirigiéndose á su hijo:

-Me parece que estamos un poco estrechos.

Sus lábios se dilataron en un gesto, que podía pasar por sonrisa: era la primera en toda la noche.

-¿Y no sucede esto en donde quiera que usted

se encuentre? - dijo con tono melifluo M. Leglo-rieux.

-¡Caramba, si todos sus futuros electores estuvieran aquí!...-añadió su cuñado Dumontier.

-Entonces sería menester la plaza Mayor para contenerlos, y aun puede que no cupiesen—dijo Fleury.— Pourtois, traiga Vd. una silla para el señor alcalde. Está Vd. viendo que desea sentarse, y no se le ocurre...

El tabernero se alejó tan de prisa como le era posible, y volvió con el objeto pedido.

Fleury, recien afeitado, con los cabellos impregnados de grasa, que les hacia brillar como alambres, y con la camisa ya arrugada y la corbata en forma de cuerda, estaba más repugnante que de ordinario. Sonreia con aquella sonrisa diabólica que descubria sus negros dientes, esforzándose en vano por llamar la atencion de Pascual, que, preocupado y silencioso, apenas se daba cuenta del sitio en que se encontraba.

—Ya es preciso pensar en las elecciones de diputados que se acercan—dijo Dumontier; —no sea que vayamos á dejarnos derrotar como nos sucedió hace siete años.

—Perdone Vd. si le interrumpo—exclamó Pourtois.
—Si el señor alcalde quiere, yo por mi parte respondo del éxito. Tengo segura la eleccion en Clairefont, Couvrechamps, La Saucelle y Pierrebal, sir contar con los arrabales de Neuville... Tondeur llevará los votos de todos los aserradores, y en cuanto al resto del distrito, Vd. y Mr. Leglorieux pueden hacer en él lo que se les antoje. Como Vds. quieran, yo les aseguro que sacaremos una mayoría enorme. Porque al viejo zorro de allí arriba... A ese no hay que temerle. No tiene ya ni dientes, ni pelo siquiera.

Y la voz atiplada del tabernero resonó más chillona al hacer esta insolente afirmacion.

—Y despues vendrán las elecciones municipales añadió Fleury.—Cada cosa á su tiempo.

El rostro moreno de Carvajan adquirió un tono sombrio. Sus ojos brillaron, frunció las cejas, y dijo con voz seca:

-¡Ya veremos! El momento para formar tales proyectos no es este... Hay que contar con la oposicion...

Y al decir esto, señaló el ángulo donde por instinto se habian reunido los representantes de la aristocracia de aquellos contornos. La señora de Saint-André acababa de llegar con su hijo y sus tres hijas; el viejo marqués de Couvrechamps, que mandó un batallon de móviles durante la guerra, y se distinguió muchisimo en la batalla de Buchy, estaba rodeado de muchos de sus antiguos soldados, que; en la paz y en medio de la tranquilidad de sus respectivas familias, gustaban de recordar los tiempos de lucha y de peligros.

El vizconde de Edennemare rondaba en torno á la Sra. Tourette, cuyo marido, agente de cambio en Paris, habia comprado hacia muy poco, la magnifica propiedad de Barallerie, á dos leguas de Neuville. La baronesa viuda de Sainte-Croix era el objeto de la atencion de todos los aristócratas, á quienes distraia con su agradable conversacion.

Entre los dos grupos, uno rodeando á Carvajan, y otro formado por los más nobles propietarios de la provincia, se notaba una diferencia, causa de extraño contraste. Los unos estaban vestidos como para una boda, y el traje de los otros ostentaba la más absoluta sencillez. Para los primeros, la fiesta del pueblo era el único motivo de diversion en todo el año, y por eso

estaban fuera de su centro; para los otros no tenia más importancia que la que le prestaban la curiosidad y la ridiculez y bien se veia que no les llevó más objeto que distraerse un rato, ó, como decia la baronesa de Saint-André, el deshonrar la fiesta.

Sín embargo, el espacio del salon que separaba estos dos bandos, era salvado con frecuencia por algun arrendador que iba á saludar al propietario. El viejo marqués de Couvrechamps tendia su escuálida mano á la mayor parte de ellos; éstos la tomaban con cortedad, y él les tuteaba á todos, porque á los más les vió nacer, y era hombre amado y respetado en extremo por las gentes del país.

Pascual, indiferente á todo lo que le rodeaba, sordo á las adulaciones de los partidarios de su padre, sin parar mientes en las sonrisas de las jóvenes, estaba apoyado contra uno de los piés derechos del salon de baile, y buscaba con los ojos, en el aristocrático grupo, á la mujer objeto de todos sus pensamientos.

La esperanza de encontrarla, y, aunque fuera desde lejos, poder verla, hasta grabar su imágen en la mente con indestructible huella, fué el móvil que le impulsó á seguir á su padre. En pié, con los brazos cruzados, en actitud que hacía traicion á su deseo de fingirse indiferente, parecía un extraño en medio de los que se llamaban sus amigos. No tardó mucho en llamar la atencion de la viuda de Saint Croix, que, inclinándose hácia el elegante señor de Tourette, le preguntó:

-¿Quién es aquel buen mozo, que está allí, entre los dignatarios de sir Carvajan?

-Es su hijo.

-¡Calla! Pues no se le parece. Es un tipo muy agradable.

—Y además, hombre de gran mérito—añadió el agente de cambio.—Hace muy poco tiempo estuvo empleado en allanar las diferencias que mediaban entre Nicaragua y la Compañía del canal de Panamá. Parece que salió adelante con gran lucimiento; y no es extraño, porque ya otras veces en Chile y en el Perú desembrolló cuestiones muy complicadas, y tan bien lo hizo, que aunque se le pagó muy caro, me consta que aún le están agradecidos los que le encomendaron tales empresas.

Todas las cabezas se volvieron hácia la puerta de entrada. Escoltado por su secretario, acababa de liegar el sub-prefecto. Pourtois, empujando á la gente, le salió al encuentro. Haciéndoles mil cumplidos, los condujo hasta donde estaba Carvajan, cuyo orgullo aumentaba al ver la deferencia con que le trataba el alto funcionario. En aquellos momentos parecia el alcalde el verdadero rev de la fiesta. Era el dominador absoluto, capaz de imponer su voluntad á todos, altos y bajos. Tuvo un momento de embriaguez, y para gozar de su triunfo emprendió de nuevo su paseo por el salon, haciéndole los honores al recien llegado. La música empezó á tocar, y por las puertas que daban al jardin asomaron una porcion de personas que, sin soltar el vaso, contemplaban el animado cuadro.

Llegaba à la mitad del salon el orgulloso Carvajan, cuando aparecieron en la puerta de entrada Roberto de Clairefont, y junto à él su hermana Antonieta, seguida por la señorita de Saint-Meurice, y el señor de Croix-Mesnil.

Como si la suerte hubiese querido poner de relieve el antagonismo que entre ellos existia, enfrente del alcalde, á quien rodeaba una multitud dispuesta á prestarle su apoyo, estaban, completamente solos, los dos hijos del marqués.

Pascual observó este detalle con profunda ansiedad; pareciale verlos dispuestos á lanzarse los unos sobre los otros. Su corazon se oprimió, y toda su vida se reconcentró en su mirada. Deseó que se abriera la tierra, que un súbito cataclismo pusiera fin al drama, antes de consentir que llegase el lógico desenlace. Sintió deseos de arrojarse sobre su padre, que miraba á sus inocentes enemigos con aire sarcástico, y llevárselo lejos, muy lejos, adonde fuera inofensivo. Todo le pareció preferible á la espantosa situación que se preparaba.

Tras breve pausa, los antagonistas prosiguieron su camino. Roberto, sin desviarse un ápice, iba derecho a Carvaján, y en su semblante se leia la firme resolucion de no cejar un paso.

Antonieta, pálida y llena de zozobra, intentaba arrastrar á su hermano, apartándole del grupo oficial. Pero el atlético jóven, sin esforzarse apenas, la arrastraba á su vez, mientras que Carvajan, con la cabeza baja, semejante á un toro que acomete á su adversario, seguia avanzando.

-¡Roberto, por Dios!-murmuró Antonieta.

Déjate—replicó éste, apretando los dientes;—si no deja franco el paso, pasaremos por encima de él.

Iba á producirse el choque en medio de ansioso silencio, cuando inocentemente el sub-prefecto salvó la situacion. Al ver á la señorita de Clairefont junto á si, la contempló admirado, y apartándose del alcalde, la dejó pasar, inclinándose con galantería.

Antonieta, que se ahogaba de angustia, suspiró al ver el paso libre, y no pudo evitar una sonrisa de agradecimiento, que el superior de Carvaján acogió con nn nuevo saludo: y pasando junto á éste, que, conteniendo la cólera á duras penas, se apartó á su vez, llegó al rincon en donde estaban reunidos los amigos de su padre. Escuchó un suspiro junto á ella; alzó los ojos, y vió á Pascual, que, lívido por la emocion, la devoraba con la vista.

-¿Quién es esa encantadora criatura?-preguntó el sub prefecto, dirigiéndose á su guia y enderezándose los quevedos para ver mejor.

-Es la señorita de Clairefont-repuso Carvajan con irónica sonrisa; -y acaba Vd. de hacerle una acogida que no debia esperar.

-¡Bah! -añadió elalto funcionario—es una muchacha preciosa... Combatiré al padre en el terreno de la política, pero no por eso dejaré de admirar á la hija.

-Pero no muy de cerca, á menos que quiera usted habérselas con el jabalí que la acompaña... mire usted, mire Vd., lo que hace.

Roberto había buscado sitio donde colocar á su hermana y á su tía, pero no halló lugar.

En el ángulo donde estaba la tribuna oficial la viuda de Saint-Croix se estrechó, y procuraba obligar á sentarse á las recien llegadas: Croix-Mesnil se disponia á ir en busca de dos sillas al jardin; pero el hermano de Antonieta vió las que rodeaban á las butacas destinadas á las autoridades, y exclamó en voz alta:

-No se moleste Vd.; aquí tenemos dónde echar mano... Es ridiculo que el Ayuntamiento tenga asientos de terciopelo y las señoras bancos de madera...

Y así diciendo, alargó el brazo por encima de la barandilla de la tribuna, y tomó dos sillas de las que rodeaban las butacas.

Una risa ahogada recorrió el grupo de los aristó-

cratas. Pourtois, estupefacto, mirando alternativamente al alcalde y al jóven, fluctuaba entre el deseo de halagar á Carvajan y el temor de incurrir en el disgusto de Roberto. Los confederados, llenos de sorpresa, se preguntaban en voz baja si el banquero, que era su jefe, toleraria aquella pública provocacion. Con imperioso gesto, Carvajan impuso silencio, y volviéndose hacia el sub prefecto, dijo de manera que todos le pudiesen oir:

-Me parece que es conveniente dar ejemplo de moderacion y de prudencia. Si contestamos á las provocaciones del señor de Clairefont, acaso un disgusto entristezca la fiesta, y mejor será que no hagamos caso de ellas...

Y añadió en voz baja:

-Además, sus costumbres desenfrenadas le han vuelto medio loco, y no siempre es dueño de si mismo.

-La tribuna vacía cuando hay tantas apreturas, produce mal efecto-exclamó el sub-prefecto.-Mande usted que la ocupen las señoras.

-Tiene Vd. razon.

Fleury y Pourtois fueron à cumplimentar esta órden, y las señoras de Dumontier y Leglorieux subieron á la tribuna.

-Muy bien,-dijo irónicamente la viuda de Saint-Croix.-Las cosas marchan bien...

-Si fuéramos á hacerle la córte al señor Dumontier ... - propuso Edennamare.

-No nos la hizo poco su abuelo cuando era criado en casa de mi madre,—replicó la señora de Saint-André con acritud.

-Como decia la mariscala Lefebre, bajo el primer imperio: "Ahora somos nosotras las princesas..."

-Estos palurdos de Neuville son tremendos-exclamó Roberto

Y dirigiéndose à los jóvenes que le rodeaban, prosiguió:

-Si quieren ustedes, vamos á invitar á unas cuantas campesinas y á mezclarlas en la danza.

-Pues las hay muy bonitas, -dijo la Tourette, mirando con los lentes á Rosa Chassevent; que entró seguida de Russot.

Con su traje de gala estaba encantadora la gracio. sa obrera. Vestía una falda de cretona estampada con ramitos de flores y un fichu de muselina á modo de pañuelo de talle. Las mangas del cuerpo eran cortas y dejaban ver sus robustos brazos; llevaba mitones que le llegaban casi al codo, y su peinado era sencillisimo. En la mano traía una toquilla en que se envolvió hasta llegar al baile.

El pastor, deslumbrado por el resplandor del salon, como un buho durante el dia, iba detrás de ella; sin querer apartarse. Estaba vestido de nuevo, como le ofreció á la muchacha, y su blusa de alpaca se cerraba en el cuello con un corchete de plata. Se le conocía que intentó peinarse, y sus cabellos ásperos, partidos sobre la frente, daban á su rostro, acribillado por la viruela, una expresion al propio tiempo grotesca y espantosa.

-¿Quién es ese mónstruo, que parece la sombra de esa muchacha tan bonita?-preguntó el vizconde de Edennemare.

-El pastor de Clairefont: un idiota, que recogimos en nuestra casa desde muy chiquito,-replicó Roberto.

-¡Valiente paje se ha echado!

Al ver à Antonieta, Rosa se le acercó, y al oir que celebraba su traje, le dijo sonriendo:

-¡Pero, señorita, si es un vestido de Vd.!¿No lo recuerda Vd.? Me lo dió esta última primavera. Yo le he cambiado la forma, porque una muchacha pobre como yo no está bien que se vista igual que una señorita.¿Verdad que no está del todo mal?

-Es que tú lo embelleces, - dijo Antonieta sonriendo con benevolencia - Anda, ve á divertirte; pero no bailes hasta muy tarde, porque mañana temprano te necesito.

-¡Oh, esté Vd. tranquila! No tardaré más que de costumbre.

—Y cuida de no tener toda la noche junto à ti à ese animalucho de Russot. Es un espantajo que ahuyentarà à los que quieran bailar contigo,—dijo la senorita de de Saint-Meurice.

-Voy á dejarlo con mi padre.

—Que le emborrachará, y dentro de una hora no sabrá dónde tiene la mano derecha,—añadió la t/a Isabel

-¡Con tal de que me deje en paz! Y eso que le ofrecí bailar con él, y lo prometido es deuda.

Rosa se alejó despues de saludar, moviendo el airoso cuerpo, y atrayendo sobre si las miradas de los hombres, á quienes seducía la esplendidez de su juventud.

Eran las ocho; la tribuna oficial estaba llena del todo con la llegada de la familia del registrador, la del juez de paz y la del presidente de la Sociedad laica de Escuelas. El capitan del cuerpo de gendarmes acababa de dar una vuelta por la taberna, donde una violenta disputa reclamó su presencia. La atmósfera estaba pesada, el olor era de vino, y el ruido de las conversaciones, á cada momento más animadas, domina ba casi el de la música.

En medio de tanto ruido y tanto calor, Antonieta

estaba silenciosa y preocupada, tanto que en dos ocasiones apenas contestó al señor de Croix-Mesnil. Parecia indiferente à cuanto tenia en derredor, y con los ojos bajos se entregaba á profundas meditaciones. Desde el momento en que entró, su mirada se cruzó con la de Pascual, y cuando Carvajau y Roberto estuvieron á punto de chocar, le vió palidecer, y comprendió que compartia con ella su angustia. Esta comunidad de sufrimientos la impresionó profundamente. ¡Acaso era su compañero de desventura! El horror que antes le inspiraba por llamarse Carvajan, ¿no seria una injusticia indigna de ella?

Varias veces alzó los ojos, y le vió inmóvil, con los brazos cruzados, y con la más profunda tristeza retratada en el semblante. ¿Qué pasaba en su alma? ¿Qué podia esperar de aquel hombre llamado á vivir entre gentes que pensaban de muy distinta manera que él?

Como si las miradas de Antonieta influyeran sobre él, cada vez que ella dirigió sus ojos hácia Pascual, éste la miró tambien, y él era quien primero bajaba la vista con un respeto que tenia algo de religioso. Por fin, á paso lento, se alejó como queriendo decirle: «usted me aborrece; pero yo la venero; mi presencia puede disgustarla, y yo debo irme.» ¿Qué más podia ha cer? ya que no fuera posible acercársele para expresarle con palabras lo que sentia, se alejaba para atestiguar su ferviente adoracion; y más ternura encerraba esta conducta, que las más ardientes frases hubieran podido envolver.

Un codazo que le dió su tía, sacó á la jóven de su ensimismamiento. En la tribuna de las autoridades, Carvajan, en pie, cerca del Sr. Leglorieux, miraba con insistencia á la muchedumbre, y Felicia, roja de impaciencia, hacia lo mismo.

-¡Donde diables se ha metido mi hijo! Hace cinco minutes le vi enfrente de nosotros.

—Y parecia divertirse muy poco,—añadió con despecho la señora Leglorieux.

—Le pareció, sin duda, que aún tardarian en comenzar otro baile. Voy á buscarle,—dijo Fleury; y atravesando por medio de la sala, se fué á la calle.

—Van à bailar un rigodon: me parece que debes tomar parte en él,—dijo la señorita de Saint-Meurice.

- ¿Quiere V. dispensarme el honor de bailarlo conmigo? - preguntó el elegante Mr. Tourette.

-Muchas gracias; pero lo tengo comprometido con de Croix Mesnil.

—Es muy justo —exclamó el agente de cambio.
—Voy á invitar á una de las señoritas de Saint-André;
porque no es natural que baile con mi mujer.

—Gracias, Antonieta,—murmuró de Croix Mesnil al oido de su exprometida.—Es Vd. adorable, y parece que lo es más aún cuando pienso con amargura que nos separa su voluntad.

La señorita de Clairefont sonrió, impuso silencio al jóven, colocando un dedo delante de los lábios, y tomándole el brazo, se dispuso para el baile junto á la señorita de Saint-André y el agente de cambio, dejando á su izquierda al vizconde de Edennemare y madame Tourette.

El cuadro del rigodon ocupaba toda la sala, de modo que para bailarle habia de establecerse cierta fraternidad. Era esto tradicional, y así sucedia que el arrendatario bailaba enfrente del patrono. y la gran señora se cruzaba con la hija de un labrador. Una vez terminado el rigodon, que servia para inaugurar la danza, cada uno quedaba en libertad de divertirse

á su antojo. La fiesta adquiria violenta animacion, y á última hora tenia cierto aspecto de bacanal. Las muchachas del pueblo, embriagadas por el baile, excitadas por la música y alegres por el vino, saltaban como bacantes del brazo de sus parejas. El bosquecillo del jardin de Pourtois se llenaba de gente, resonaban en él alegres gritos y carcajadas, y á la luz de las estrellas se cambiaban más de dos besos, causa de no pocas lamentaciones ulteriores.

Este desenlace diabólico de la fiesta era cosa corriente, y por eso, á las nueve ó las diez, cuando el baile comenzaba á tomar eierto carácter, las señoras de los alrededores y los burgueses de la villa abandonaban el local dejando el campo libre á la gente del pueblo, que se entregaba desde luego, á sus ruidosas manifestaciones de gozo, de todo punto imposibles de dominar. Al principio, los bailarines estaban comedidos. Los hombres hablaban en voz baja, y las mujeres, esperando la señal, alisaban sus vestidos con movimientos elegantes de paloma que se apresta á tomar el vuelo Los piés se movian con impaciencia. Enfrente de Antonieta, que por casualidad estaba en el centro de la línea habia un lugar vacio.

Roberto, en pié junto á su tia Isabel, observaba, buscando la pareja que debia hacer vis-a-vis á su hermana, cuando Pascual, del brazo de la señorita Leglorieux, se dirigió hácia aquel puesto.

Fleury le precedia, y al llegar, interrogó á Carvajan con los ojos; éste hizo un gesto imperioso, como diciendo «eso quiero precisamente;» y Pascual, cuyas rodillas temblaban, se encontró enfrente de la señorita de Clairefont,

Roberto se adelantó, cogió por un brazo á Croix-Mesnil, y le dijo en voz alta: